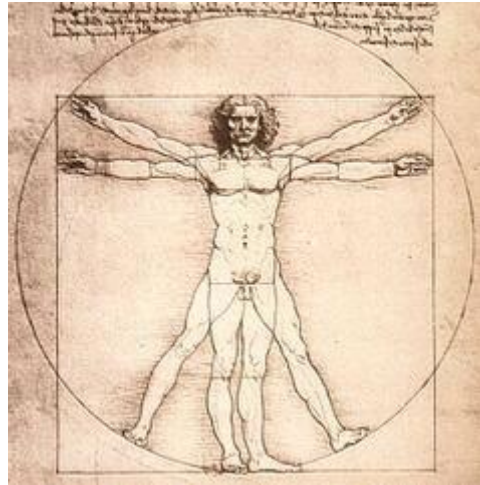


Utopías y realidades

Hace apenas un par de siglos, cuando se alzaron las primeras voces manifestando que era indigno de la condición humana que una persona pudiera comprar a otra en un mercado y disponer de su vida como de cualquier otro objeto de su propiedad, no sólo se les llamó utópicos, ilusos e ingenuos, se les recordó, con cierta aunque insuficiente lógica, que nunca se cambiaría aquello que había sido costumbre durante miles de años, desde el mismo nacimiento de la Humanidad.



Hoy, la sola idea de comprar a un ser humano nos repugna y parece, simplemente, absurda.

Hace exactamente un siglo, en la época de nuestros abuelos, cuando surgía en los distintos parlamentos europeos el debate sobre la posibilidad de otorgar derecho a voto a las mujeres, el proceso histórico se repitió una vez más: quienes eran tachados de utópicos, ingenuos y alejados de la realidad, proponían la equiparación de derechos de esa mitad de la humanidad injustamente alejada de las decisiones sociales. Los conservadores de entonces, al tiempo que insultaban y se mofaban de los hombres y mujeres progresistas, aseguraban que tal cosa nunca sería realidad.

Hoy nos parece tan natural que las mujeres voten que ni los grupos ultraconservadores se atreven a cuestionarlo.

Esos dos cambios sociales, posiblemente los de mayor trascendencia en la historia de la humanidad, no se produjeron tras una cruenta guerra mundial, a pesar de que afectaban a todas las sociedades humanas del planeta, sino mayoritariamente mediante el diálogo.

Hoy en día son cada vez más numerosos los grupos que plantean que es necesaria una reestructuración de la democracia para transformarla, mediante el voto electrónico a través de mecanismos informáticos, en sistemas de participación continua de los ciudadanos, en sistemas verdaderamente democráticos, que evitarían tanto leyes injustas como el estallido de conflictos que sólo benefician a ciertas corporaciones empresariales, en detrimento de los intereses de la mayoría de los ciudadanos.

Lo denominan “democracia directa” o “democracia participativa”.
Hay quien les tacha de utópicos e ingenuos.

Actualmente, la cifra de gasto anual en armamento equivale al 2,4% del Producto Interior Bruto (PIB) mundial, o lo que es lo mismo, a 217 dólares por cada habitante del planeta, sin embargo los gobiernos se muestran incapaces de apartar de ese gasto monstruoso el 1% necesario para evitar la muerte, cada día, de 36.000 niños por falta de comida o medicinas básicas.

¿Sería posible un mundo tan injusto si los ciudadanos votáramos las principales leyes que nos gobiernan en una democracia más evolucionada?

¿Cuánto tardaríamos en prohibir por ley las guerras y los paraísos fiscales?

¿Votaría usted regalar cientos de miles de millones de dinero público para salvar empresas y bancos privados mal administrados, los mismos que provocaron la crisis actual con su codicia y pésima gestión?

¿O votaría usar la milésima parte de ese dinero público para salvar a diario la vida de esos niños que mueren a diario por causas fácilmente evitables?

¿No es posible hacer evolucionar la democracia hasta ese punto?

Eso se decía, hace justo un siglo, sobre la capacidad de votar de las mujeres y hace dos siglos, sobre la capacidad de tomar decisiones sociales de quien no perteneciera a la aristocracia.

Quienes hacemos del estudio de la historia un trabajo, un placer, o ambas cosas, sabemos que ese ha sido el continuo y repetido proceso que ha hecho evolucionar las sociedades humanas: el reparto, cada vez más igualitario y horizontal, de la toma de decisiones que afectan al conjunto de los ciudadanos.

El tiempo ha venido a mostrar que, al final, el ingenuo no es quien plantea una idea aparentemente utópica o una solución basada en el diálogo en vez de en la fuerza.

Los verdaderos ingenuos, la historia lo ha demostrado reiteradamente, han sido quienes han creído poder detener la evolución, quienes aún no han aprendido aquella magistral lección que Heráclito nos enseñó en una sola frase:

"Lo único permanente es el cambio".



Utopias and realities

Just a few centuries ago, when a few people first raised their voices in protest at the human indignity of one person being able to buy others in the marketplace and treat them as if they were just another commodity, not only were they called utopian, gullible and naïve, but they were reminded with a certain (faulty) logic that what had been the custom for thousands of years, since the beginning of mankind, would never change. Today, the very idea of buying a human being not only strikes us as loathsome but also seems absurd.

Exactly a century ago, in the time of our grandparents, when a debate surfaced in European parliaments about the possibility of extending the right to vote to women, history repeated itself; those who proposed the change were branded utopian, naïve and removed from reality for proposing the granting of rights to that half of humanity, which had been unjustly excluded from decision making on social issues. The conservatives of the time, while insulting and mocking progressive men and women, maintained that such a thing would never become a reality. Today we think it so natural that women have the vote that not even those on the extreme right dare question it.

Despite affecting all human societies on the planet, these two social changes, possibly two of the most important in the history of humanity, did not come about as a result of a bloody world war, but primarily through dialogue.

An increasing number of groups these days believe it is necessary to restructure democratic systems in order to change them into systems of continuous participation for citizens, into truly democratic systems, by means of electronic voting and the use of Information Technology;

this would not only avoid unjust laws being passed but also the outbreak of conflicts which benefit only certain commercial companies. This they call “direct democracy” or “participatory democracy”. There are some who brand these people utopian or naïve.

Currently the amount spent on arms equates to 2.4% of the world’s Gross Domestic Product (GDP), or \$ 217 for each person on the planet; however, governments prove themselves incapable of putting aside from this enormous figure the 1% needed to prevent the death of 36,000 children each day through lack of food or basic medicines. Would such an unjust world be possible if its citizens voted for the principal laws by which we were ruled in a developed democracy? How long would it take to legally prohibit wars and tax havens? Would you vote to spend hundreds of thousands of millions of dollars of public funds on rescuing poorly managed private businesses and banks, the same ones which caused the current crisis through their greed and abysmal management? Or would you vote to use just a thousandth of this public money to save the lives of those 36,000 children who die unnecessarily each day?

Perhaps it is not possible for democracy to evolve sufficiently to reach this level? This used to be said just a century ago regarding the capacity of women to vote, and two centuries ago about the capacity of anybody who did not belong to the aristocracy to make decisions on social issues.

Those of us who study history for reasons of work or pleasure or both, know that this has been the continuous and repeated process which has made human society evolve: the increasingly egalitarian and horizontal distribution of decision making which affects citizens as a whole.

The time has come to show that in the end the naïve person is not the one who puts forward an apparently utopian idea or a solution based on dialogue instead of force. The truly naïve people, as history has repeatedly demonstrated, are those who believed they could stop evolution, those who have not learnt the masterly lesson that Heraclitus taught us in the single sentence:

The only constant is change.

Nekovidal – nekovidal@arteslibres.net

ARTES LIBRES